

ERNESTO HERNÁNDEZ BUSTO
Muda

bokeh ✱

© Ernesto Hernández Busto, 2016

© Fotografía de cubierta: W Pérez Cino, 2016

© Bokeh, 2016

ISBN: 978-94-91515-42-2

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Oír voces

Discúlpame, he tenido
que cerrar la ventana
un demasiado viento
ululaba dichoso
y consiguió ponerme de los nervios
(decimos así allá: «ponerse de los nervios»).

Irritado, di vueltas
dejando que el fantasma
me acunara un buen rato,
pero no hubo remedio,
tuve que atravesarlo
convencerlo a la fuerza,
descoyuntar su grito.

Y escapó, sibilino,
para rodear entonces la cabeza
de aquel viejo del metro
que más que hablar consigo mismo,
adoctrinaba a sus varios socios,
conferenciaba para sí
con la alegría del iluminado,
gesticulando con una mano
mientras se sujetaba los pantalones con la otra...

Y siguió calle abajo recorriendo
cientos de idénticas lavanderías,
desquiciando a trajeados funcionarios
y a tímidas chinitas diligentes,
y al florista mexicano que soplaba las rosas

para abrirlas
como si susurrara algún conjuro,
y atravesó aquel parque muerto
y bailó sobre el río
la danza loca del invierno,
no la del viento seco que aúlla entre eucaliptos
recaudando divorcios y suicidios
allá por el Oeste,
sino el húmedo cierzo
la furia lacrimosa de esta isla
que enajena y perturba
con la sonrisa idiota
de alguien que está medio tocado
(decimos así allá: «estar medio tocado»).

Inclinarse, implorar,
son trabajos vencidos
por esa incontenible risotada de arpía
que se prolonga y vibra como un saxo alto.

Discúlpame, era el viento
que agitaba las cosas en la mente,
oscuro oleaje que nos alejaba
del austero cuartel de la amistad,
de su severa bóveda de *guastavino tiles*,
armonioso y compacto misterio matemático
que nos educa, en suma, para el prójimo.

«Tiene algo esta ciudad, una energía»
—es el viento, pensé,
que arrastra los cadáveres
de un millón de fracasos,
así también, la cúpula redime
los cascajos revueltos.

Es el viento, sin duda,
su carrera salvaje y sus juegos de espejos
que desembocan siempre en misticismo,
pacientes obsesiones del loco de remate
(«de remate»: así se dice allá,
como si hubiera una subasta de posesos).
Discúlpame, he tenido
que cerrar la ventana,
afuera la ciudad
y yo flotando libre
llevado por el viento.

NY, octubre de 2013

Soñé que el fuego se helaba

Soñé que el fuego se helaba,
soñé que la nieve ardía,
y por soñar lo imposible
soñé que tú me querías.

Anónimo

Soñé que el fuego se helaba
como nuestras sonrisas en rostros del pasado,
aquellas muecas con sólo media cara
como el extravagante bailarín del *kathakali*:
pasiones adversarias,
la faz sonriente, iracunda
y un poco bizca de la ira,
labios de lacre,
falsas uñas de plata desgarrando el tejido
de una pesadilla.

Soñé que la nieve ardía
y punzaba la lengua pegada a la verja,
y allí en medio del hielo
vi un halo tibetano, el cuerpo entre las flamas,
el saber madurado,
todas las listas en un solo silencio.
(Sabemos que la nieve en realidad es negra,
como descubrió aquel filósofo griego:
es el carbón de todo lo anhelado.)

Y por soñar lo imposible
pensé en diversas fases

de una melodía que encerrara la vida
sin mayor disonancia,
es decir, sin palabras:
 no más notas falsas,
 no más gestos en vano,
 no más estaciones,
 no más trémolos.

Soñé que tú me querías
y algunas tardes
en aquella veranda
de luz amortiguada
los dos podíamos escucharla.

Alguien llamó

Alguien llamó pidiéndome noticias
y lento de reflejos, encogido,
dije lo que sabía: poca cosa.
Esa noche viniste, sin embargo,
a reprocharme todas mis reservas,
el constante abandono que marcaba
cualquier proyecto nuestro,
la amistad inconclusa,
la boda que no fue,
aquel hijo nonato que bien pudo salvarnos.
Vagábamos por pueblos medievales,
cada uno bebía el lenguaje del otro;
tardes desmenuzadas en la buhardilla
atento al ruido de tu coche en la grava,
Montale y el *Corriere*.
Al cabo de unas horas, agotado
de no entender
bajaba al bar del pueblo
con el pretexto del café o alguna
Dora Markus eslava en minifalda.
Era feliz, supongo, pero un día
me dio miedo la vida, aquel hastío,
todo liso, brillante, emulsionado,
un lustre de infinito en cada cosa
para evitar imaginar qué sigue.
Entramos en el biombo rutinario,
paisaje desmontable, entretejido,

lirios, estanques, nubes, crisantemos
o la muda eclosión de los cerezos
que hace superflua cualquier otra figura.
Con la mente vacía, en ese estado
de abandono expectante que precede al poema
miramos nuestra vida, arrepentidos,
vano zigzag dentro del bosque humano
y el aire eléctrico de los remordimientos.
Entonces alguien llama y de repente
veo tu trenza de sangre, veo tu espalda,
veo tu rostro lloroso, enflaquecido,
oigo risas en un rincón nocturno
como quien rinde cuentas a un espectro.

Varja

Detrás de la vitrina, disfrazado
de souvenir budista, ese terrible
fulgor divino, rayo irreversible
que esconde su poder ilimitado.

Un objeto esotérico, inspirado
en los filos de un arma indestructible,
con sus cinco tenazas, impasible
escarabajo bien domesticado.

Disuelve la pasión, saja la vida
del ansia que nos duele y ensombrece
los goces de la carne poseída.

Ilumina, combate, favorece,
propone un nuevo punto de partida...
pero tras la vitrina languidece.

Eros

Como el arco y la cuerda.
No esa estúpida guerra de los sexos
donde hacemos la siesta
del viajero en el tren,
que al despertar le cuentan
todo lo que no vio.

Apólogo del ojo

En el ojo hallé un bosque devastado,
una visión detrás de las visiones.
La imagen aumentada del órgano
que nos permite sentir la belleza
es el paisaje de un pequeño infierno:
árboles chamuscados,
zarzal ardiente, quizá
pero en carbón *post mortem*,
el oro rojo del silencio vítreo.

Raicillas de sangre, parapetos,
minúsculos tormentos de la córnea...
Definición de vista:
incendio en la mirada
bajo el sol de la Pupila primordial.

Phantom Pain

Alguna vez leí
(creo que fue en los diarios de Yeats)
que las mujeres de omóplatos grandes
nunca son confiables:
«revelan una naturaleza penetrante,
demasiado hábil
para ser capaces de ninguna pasión».
Cosas que no sabe cualquiera
hay que admitir,
lecciones importantes:
nuestro espíritu, mudo,
lamenta su ignorancia.
Pero tales consejos siempre llegan tarde,
como el poder austero
de la mujer que sabe
que será abandonada.